



Hernán Borisonik
Fabián Ludueña Romandini
Juan Acerbi
(Editores)

Detrás del espectador imparcial

Ensayos en torno de Adam Smith

David Casassas | Rodrigo Oscar Ottonello | Fabián Ludueña Romandini |
Hernán Borisonik | Eliana Debia | Carlos Martín | Julián Giglio |
Juan Acerbi | Fernando Beresniak | Rodrigo Miguel Benvenuto | Pilar Piqué



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
IIGG | GINO
GERMANI
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

 **CLACSO**

Colección IIGG-CLACSO

Martín Unzué - Director

Carolina De Volder - Coordinadora del Centro de Documentación e Información

Rafael Blanco, Daniel Jones, Alejandro Kaufman, Paula Miguel, Susana Murillo, Luciano Nosetto,

Facundo Solanas, Melina Vazquez - Comité Editor

Sabrina González - Coordinación técnica



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES

IIGG | **GINO GERMANI**

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Instituto de Investigaciones Gino Germani

Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires

Pte. J.E. Uriburu 950, 6º piso - C1114AAB Ciudad de Buenos Aires, Argentina www.iigg.sociales.uba.ar



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampin - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

ISBN 978-950-29-1802-0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

Diseño de tapa e interiores - Fluxus estudio

Ilustración de tapa - Julian Brzozowski

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional  **Asdi**



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercialCompartirIgual 4.0 Internacional.

ÍNDICE

Introducción: <i>Das (wahre) Adam Smith Problem</i> <i>Hernán Borisonik</i>	9
Presentación: Adam Smith y el retorno de la política <i>David Casassas</i>	15
Los insensibles y lo Invisible en <i>La riqueza de las naciones</i> <i>Rodrigo Oscar Ottonello</i>	21
El problema de los cuasi-trascendentales en la economía política de Adam Smith. Un abordaje teológico-político <i>Fabián Ludueña Romandini</i>	37
De la simpatía como imaginación <i>Hernán Borisonik</i>	53
Notas sobre derecho y familia en las lecciones de jurisprudencia de Adam Smith <i>Eliana Debia</i>	71

El mito de la productividad El principio de la división del trabajo en cuestión <i>Carlos Martín</i>	89
Cerrando la brecha ¿Hacia una genealogía de la <i>división del trabajo</i> ? <i>Julián Giglio</i>	105
Economía de la mirada. Estoicismo y política en el pensamiento moral de Adam Smith <i>Juan Acerbi</i>	125
De Newton a Smith. Principios y leyes de la armonía -política- de los sentimientos <i>Fernando Beresñak</i>	139
Los límites éticos del mercado. Hegel - Smith y la crítica de la economía política <i>Rodrigo Miguel Benvenuto</i>	167
El legado teórico de Adam Smith en los manuales universitarios de historia del pensamiento económico <i>Pilar Piqué</i>	193
Sobre las autoras y autores	215

Hernán Borisonik

DE LA SIMPATÍA COMO IMAGINACIÓN

For to what purpose is all the toil and bustle of this world? What is the end of avarice and ambition, of the pursuit of wealth, of power, and pre-eminence? Is it to supply the necessities of nature? The wages of the meanest labourer can supply them. Do they imagine that their stomach is better, or their sleep sounder, in a palace than in a cottage? The contrary has been so often observed. From whence, then, arises that emulation which runs through all the different ranks of men, and what are the advantages which we propose by that great purpose of human life which we call bettering our condition? To be observed, to be attended to, to be taken notice of with sympathy, complacency, and approbation, are all the advantages which we can propose to derive from it.

Adam Smith

I. SMITH EN PERSPECTIVA

La tradición interpretativa hoy más extendida ha tendido a reducir la figura de Adam Smith a la del “padre de la economía política liberal” y a organizar todos los elementos de su obra en función de tal presunción. Pese a eso, hay que recordar que en sus días la “Economía” como disciplina autónoma todavía no existía y que dentro de las preocupaciones smithianas se encuentran elementos que aún merecen ser releídos desde una clave que no sea exclusivamente economicista. Sin ir más lejos, el hecho de que en la actualidad las paráfrasis de Smith tiendan a centrarse en un puñado de pasajes de *La riqueza de las naciones* (entre otras cosas, por la enorme in-

fluencia que esta obra ha tenido para su posteridad, desde Ricardo¹ y Marx² en adelante), ha ensombrecido buena parte de su producción, simplificando sus conceptos y ocultando aspectos muy

significativos sin los cuales la propia “teoría económica de Smith” corre el riesgo de permanecer inaprehensible. Por eso, es importante identificar la relevancia que algunas de sus ideas tienen aún en la actual etapa del capitalismo.

Pero antes, un breve comentario sobre el contexto del siglo XVIII y la relevancia de su estudio en la actualidad. La llegada del neoclasicismo y del romanticismo, el auge de la burguesía y de la razón ilustrada conformaron, junto con otros movimientos convergentes, un clima de época marcado por el desarrollo del individualismo (y las “libertades individuales”), la consolidación del capitalismo y la brusca expansión de las empresas comerciales, la férrea naturalización del mercado (junto con la multiplicación de interpretaciones y aplicaciones de las *leyes naturales*) y el inicio de importantísimos avances tecnológicos y científicos que ayudarían a aumentar la rentabilidad del campo y la densidad poblacional en una Europa que recibía sistemáticamente los productos extraídos de la explotación sobre el continente americano. Fue una etapa de utopías racionalistas y también de marcados elitismos en la que el trabajo de gran parte de la humanidad occidental fue aprovechado por gobernantes y empresarios para dar lugar a descubrimientos y creaciones antes inimaginables. De todas maneras, esa fue, al mismo tiempo, una fase en la que las pasiones y los sentimientos humanos fueron tomados como característica indeleble y primordial de todo comportamiento individual.³

Tal constelación epocal fue la que sostuvo el armado parlamentario y el fuerte academicismo que darían forma y contenido al *largo siglo XIX* (Hobsbawm, 2014), hasta la Primera Guerra Mundial, en la que los nacionalismos evidenciaron un límite de la expansión del capital, dando forma a un siglo XX atrapado entre el belicismo y el nihilismo. Sin intentar forzar una analogía, nuestros tiempos mues-

1 Si bien gran parte del pensamiento de Ricardo puede concebirse como una respuesta a su lectura de Smith, hay algunas referencias concretas (Ricardo, 2005: 327; 485) que muestran con mayor claridad la interpretación y el corrimiento operados por este pensador.

2 A partir de algunos de sus escritos (Marx, 1845: III; 1989: 19; 37; 2000: 450), se infiere que el filósofo de Prusia consideraba a Smith una suerte de materialista ingenuo o no-histórico. Pese a ello (o por eso mismo) fue una gran influencia en su construcción teórica sobre la economía política.

3 Sobre esa cuestión, cf. Hirschman (2013).

tran también tendencias tan fuertes como contradictorias que van desde un nuevo enfoque en los estudios sobre los aspectos afectivos y emocionales de la experiencia vital humana (por dar un ejemplo, hoy sería imposible no considerar el odio como un elemento político cardinal) hasta la manipulación genética y la esperanza en una inteligencia artificial capaz de salvar al planeta y sus habitantes a través de la imposición de mecanismos de regulación automatizados.

La idea de un orden natural, orgánico y último que podremos alcanzar sólo si nos sometemos a fuerzas post (o anti) políticas – que indiscutiblemente encuentra sus bases en una serie de instancias imaginarias–, tanto como la voluntad de resaltar el componente sentimental de la humanidad como característica básica para su comprensión fueron aspectos visitados por los trabajos de Smith. En particular, en *la Teoría de los sentimientos morales* es posible hallar una muy interesante vinculación entre la imaginación y los sentimientos con la que aún no se ha dialogado lo suficiente. Por eso mismo, un punto vital a resaltar es que en las concepciones de Smith no es viable realizar una separación taxativa entre el pensamiento sobre lo moral-individual frente a lo económico-social, dado que ambos aspectos se solapan permanentemente aunque por momentos sean susceptibles de análisis diferenciados. Y tampoco conviene olvidar que el impulso hacia el desarrollo de los Estados y los mercados con el que convivió Smith podría tal vez ser comparado con el crecimiento desmedido que tiene hoy el capitalismo hacia lugares menos tangibles, como el universo virtual y las sensaciones humanas (vistas como espacios a conquistar comercialmente).

Con todo esto en mente, la propuesta aquí es poder analizar algunos aspectos del legado smithiano que permitan, en primer lugar, abrir líneas de diálogo posibles con nuestra época y, además, ampliar el horizonte de estudios sobre su obra. Por eso, es preciso hacer explícitas algunas premisas e hipótesis que marcan el rumbo que sigue este trabajo.

En primer lugar, hay que decirlo, hoy es posible prestar atención a la enorme la deuda que tienen las humanidades (en términos amplios, es decir, desde la filosofía hasta la economía) con Adam Smith; deuda que puede comprenderse desde diferentes puntos de vista. Uno de ellos es la centralidad que tuvo su obra durante la segunda parte del siglo XVIII y, sobre todo, en el siglo XIX. Smith fue leído y releído por todas las escuelas de pensamiento moderno; sin embargo, la imagen que hoy subsiste de sus escritos está (sobre todo en algunos puntos muy sensibles) muy lejos de lo que éstos dicen. Desde ya que este texto no ha sido escrito con la intención de llevar adelante ningún tipo de exégesis purista de Smith, pero sí

con la de señalar su afinidad con quienes plantean que muchos de los conceptos atribuidos a este filósofo moral no son más que formas ideológicas muy simplificadas, al punto de a veces casi oponerse a los escritos originales.⁴ No obstante, y además de reconocer las diferencias entre los textos smithianos y sus apropiaciones, es aún relevante retomar una lectura activa de Smith por el valor propio que tienen sus categorías como base de toda una moral liberal que fue anterior a la severa sociedad victoriana, anterior al auge máximo del imperialismo británico y anterior al psicoanálisis (que recién aparecerían largos años después de su muerte en 1790). De hecho, es probable que la rápida metamorfosis interpretativa sobre sus textos haya tenido relación con las transformaciones sociales y disciplinares del siglo XIX. En resumen, de lo que se trata es de aportar hacia un debate más amplio sobre los usos y posibilidades que el pensamiento de Smith aún manifiesta, así sea de modo más o menos latente.

Por otra parte, este texto se inscribe dentro de dos hipótesis principales. La primera es que si bien las meditaciones de Smith no podrían realmente ser consideradas puramente como naturalistas o iusnaturalistas (como han propuesto muchos de sus intérpretes), el hecho de hacer girar, en el fondo, todo el entramado social alrededor de la tan célebre “simpatía” desacredita las instituciones formales en pos de un mecanismo que articula la naturaleza humana con la vida de cada sociedad. Esto es así porque, como se intentará mostrar aquí, la simpatía es una instancia reguladora que puede tomarse como pre-política –en los términos que han sido vertidos desde la historia del pensamiento liberal (por ejemplo, siguiendo los pasos de Locke)– o incluso como anti-política, en tanto que rechaza el elemento normativo como posibilidad de contener o desarrollar las necesidades sociales.⁵ La segunda hipótesis que enmarca este trabajo es que se puede pensar (sobre todo a partir del estudio de la *Teoría de los sentimientos morales*) que Smith

4 Sólo por dar un ejemplo, en otro libro colectivo –acerca de los hilos que unen la catástrofe y la inseguridad con la política en el contexto capitalista– he mostrado que si bien una de las vulgarizaciones más célebres hace de Smith un defensor acérrimo de las leyes naturales, hurgando en sus textos puede verse cómo él mismo abogaba por el control estatal de los mercados, para evitar grandes daños a las sociedades. Cf. Borisonik (2016). Un estudio profundo sobre la recepción de Smith puede encontrarse en Piqué (2018).

5 En ese sentido, creo que esta hipótesis y sus consecuencias podrían ser insumos sugerentes para observar cómo fue pensado el “campo de lo social” frente al “campo de lo político” en una tradición ecléctica que une, por ejemplo, a Tomás de Aquino (2007; 2010) con Hannah Arendt (2005).

concibe estos mecanismos de control social en torno de la simpatía y del espectador imparcial (que, como recién fue mencionado, son colocados fuera del ámbito estatal) a partir de una estructuración en tres “momentos”, que serán definidos – provisoriamente– como *experiencia, imaginación y conceptualización*.

De todas maneras, y como operacionalización de las conjeturas generales recién mencionadas, el hilo conductor de estas páginas se centra en presentar una simple idea que supone que, en la teoría smithiana, la simpatía no puede ser comprendida por fuera del ámbito de la imaginación de los hombres en su carácter –o momento– de observadores. Esto supone, por lo tanto, que el componente imaginario pesa más aún que el de los sentimientos de las personas en su carácter –o momento– de agentes de las acciones sociales.

Como aclaración postrera, hace falta expresar que este estudio de la obra de Smith confluye en un objetivo más general (al que pretende aportar en alguna medida), que es el de analizar el derrotero de ciertos conceptos para intentar comprender el emplazamiento en el que el liberalismo colocó al individuo moderno y el uso que el capitalismo hizo de ese hecho. En otras palabras, pensar cómo un elemento que fue concebido en sus orígenes como una ficción jurídica (comprendida como una representación *suficientemente* apropiada como para poder asumir una forma cultural de modo organizado y colectivo) ha tomado una existencia independiente y recortada de todo contexto. Y si bien esto se ha vuelto especialmente relevante en la actualidad, es también cierto que debería prestársele atención a todo el proceso histórico-político de las circunstancias que fueron transformando las proyecciones y modulaciones occidentales sobre la imagen y el concepto del “yo”, especialmente luego de la Revolución francesa y el triunfo del parlamentarismo.

II. HACIA UNA DEFINICIÓN DE LA SIMPATÍA

Durante el paso de la Modernidad más temprana (tal vez llevada a su pináculo teórico por el pensamiento de Thomas Hobbes) hasta la toma de la Bastilla parisina y sus consecuencias se dio una transformación categórica en la que se transitó desde una concepción centrada en la necesidad de una soberanía absoluta capaz de organizar a los individuos hacia otra cimentada sobre la exigencia de un control social que pudiera poner un límite a los gobiernos políticos para que no interfiriesen demasiado con las tendencias naturales de las personas a convivir pacíficamente. Así, frente a un polo conceptual más concentrado en desentrañar los principios de la soberanía, característico del *Cinquecento*, otro más atento a nociones como progreso, gusto, costumbre o balance de poderes se fueron imponiendo

con más y más fuerza entre los siglos XVII y XVIII. Adam Smith representa una de las miradas más atentas que arrojó este segundo constructo. Por eso puede percibirse en el fondo de sus ideas un cierto optimismo basado en una naturaleza divinizada, de tendencias armoniosas, que implanta en los hombres las herramientas para que solucionen sus problemas de convivencia y puedan preservar y hacer crecer a la especie humana sobre la faz de la Tierra.

Smith comienza su *Teoría de los sentimientos morales* con la presentación conceptual de la simpatía [*sympathy*]. La enunciación de esta idea tan central es, no obstante, expuesta con sencillez como “nuestra compañía en el sentimiento ante cualquier pasión ajena” (Smith, 1997, 52). La simpatía es el resultado de una síntesis entre una actitud subjetiva que es considerada por otro individuo y la imagen interna de ese otro, que juzga cómo se sentiría en el lugar del agente. La simpatía es un sentimiento natural pero al mismo tiempo absolutamente situado; es innato pero depende del contexto: “la simpatía no emerge tanto de la observación de la pasión como de la circunstancia que la promueve” (Smith, 1997: 54). Por eso, nuestra reacción simpática será diferente frente a dos personas que realizan el mismo acto en circunstancias diversas.

Una primera definición elemental de la simpatía podría ser, por lo tanto, ‘la aprobación o adhesión a un sentimiento ajeno en base a la imagen que el observador se hace en relación con la coyuntura y causas que lo ocasionan’. Es para subrayar, entonces, la importancia de las imágenes: Smith dice que no hay otro modo de comprender los sentimientos de los demás, ni saber si son “justos”, salvo que imaginemos cómo nos sentiríamos nosotros mismos al situarnos en esa posición. La simpatía no es una forma de compasión, ni siquiera de empatía,⁶ sino la aprobación de un acto en base a la propia imaginación. La simpatía es una acción imaginaria, mental, y no un simple contagio, imitación u ósmosis sentimental. La simpatía no es abstracta ni automática; depende del contexto del agente y de la imaginación y la consciencia del observador. Por eso, las posiciones de agente y observador deberían poder ser reversibles y mutantes entre todos los miembros de una sociedad. En ese mismo sentido, llegado a este punto, Smith adelanta una primera premisa general de todo su trabajo que completa la formulación anterior: “nada nos agrada más que comprobar que otras personas sienten las

6 El término “empatía” (por lo menos en el uso que de éste ha hecho la neurociencia) ha sido utilizado para representar formas de sentir o pensar “en espejo” lo que otra persona siente o piensa. Cf. Iacoboni (2012); Gonzalez- Liencres, Shamay-Tsoory y Brüne (2013).

mismas emociones que laten en nuestro corazón y nada nos disgusta más que observar lo contrario” (Smith, 1997: 57). La simpatía es fundamental en la vida colectiva porque el mayor placer humano es el de ser comprendido, justificado e idealmente admirado por los demás.

Una segunda característica que concierne a la simpatía es que si bien la capacidad humana de ser afectado es universalizable, ésta no es *per se* una institución universal, de modo que es central considerar las aristas espacio-temporales de cada acción. La simpatía es, para Smith, una práctica social sostenida en el tiempo, perfectible y que tiene como efecto la producción de una moralidad que es intersubjetiva pero siempre situada. No se encuentra allí la búsqueda de una abstracción total o final (más típica del kantismo del siglo XIX). Del mismo modo, si bien podría leerse una potencial aspiración cosmopolita o generalizadora en el pensamiento smithiano, sus escritos tienen un cariz más descriptivo que normativo y un claro componente materialista que exige ser atendido. Como lo expresa el propio filósofo:

hay que subrayar también que la presente investigación no aborda una cuestión de derecho, por así decirlo, sino una cuestión de hecho. No examinamos aquí las circunstancias bajo las cuales un ser perfecto aprobaría el castigo de las acciones malas, sino bajo qué principios una criatura tan débil e imperfecta como el ser humano lo aprueba de hecho y en la práctica (Smith, 1997: 168).

En ese sentido, es posible rastrear una raíz histórica de la simpatía smithiana en la idea de *oikeiosis* que sostuvieron los estoico⁷ en la Antigüedad. Este término puede traducirse como “familiaridad”⁸, es

7 La teorización estoica sobre la *oikeiosis* es compleja y variada. En términos muy generales, ésta puede ser interpretada como una respuesta a ciertos problemas planteados por Aristóteles en la primera parte de la *Ética nicomaquea* en relación con la *eudaimonia* (Aristóteles, 1995: 1095b-1097b), aunque la pregunta es incluso más antigua en la filosofía griega. Sea como sea, el término *oikeiosis* fue acuñado dentro del entorno del estoicismo, como parte de la reflexión acerca de la conservación (en general, en los animales, pero haciendo especial hincapié en los humanos). Crisipo, según Diógenes Laercio (VII, 85-89), sostuvo que la *oikeiosis* en los hombres era una suerte de continuación de los lazos naturales y Epicteto (Dis. II, 22, 18) la vinculó con la amistad. Complementariamente, Cicerón, en *De finibus* (1987: 213), expresó que existe una tendencia natural en los padres a amar a sus hijos, vinculada con la supervivencia de la especie. Para estudios específicos sobre esta temática, ver Long (1970-71); Engberg-Pedersen (1990).

8 Existen otras traducciones, como “familiarización” (Annas, 1993: 262), “filiación” (Inwood, 1999: 677) o la célebre idea de “apego” (Zeller, 1876-1882: II, 208), aunque todas apuntan en un mismo sentido general.

decir como una tendencia a la confluencia entre biología y afecto que se da en los vínculos con las personas con las que se comparte el hogar o el tiempo y el espacio cotidianamente. Tanto en los estoicos como en Smith y otros filósofos morales como Hutcheson (2004) se ve una apelación a la naturaleza como factor que guía las tendencias de los individuos a su convergencia, su autocontrol y su autoevaluación, y el propio filósofo escocés no ahorró referencias ni elogios al estoicismo antiguo, aunque es también marcada su disposición a rechazar sus posiciones respecto de la apatía. Sea como sea, un punto de partida para la posibilidad de la simpatía se encuentra en la proximidad entre los individuos que llegarán a experimentarla. Smith lo expresa claramente:

Supongamos que el enorme imperio de la China, con sus miríadas de habitantes, súbitamente es devorado por un terremoto, y analicemos cómo sería afectado por la noticia de esta terrible catástrofe un hombre humanitario de Europa, sin vínculo alguno con esa parte del mundo. Creo que ante todo expresaría una honda pena por la tragedia de ese pueblo infeliz [...]. Una vez concluida esta hermosa filosofía, una vez manifestados honestamente esos filantrópicos sentimientos, continuaría con su trabajo o su recreo, su reposo o su diversión, con el mismo sosiego y tranquilidad como si ningún accidente hubiese ocurrido. El contratiempo más frívolo que pudiese sobrevenirle daría lugar a una perturbación mucho más auténtica. Si fuese a perder su dedo meñique mañana, no podría dormir esta noche; siempre que no los haya visto nunca, roncará con la más profunda seguridad ante la ruina de cien millones de semejantes y la destrucción de tan inmensa multitud claramente le parecerá algo menos interesante que la mezquina desgracia propia (Smith, 1997: 259).

Por otra parte, es significativo el hecho de que, sin aspirar a la generalización total, la concepción smithiana de simpatía conlleva en sí misma un impacto disciplinador. La mirada ajena sobre los actos propios tiende a solapar la idea de propiedad (en términos de corrección) con la de moral, pues en Smith ambas surgen como constructos sociales empujados por la naturaleza creadora. De ese modo, los integrantes que conforman una comunidad se demarcan unos a otros límites y posibilidades, de manera que la moral se constituye como un espacio indeterminado *a priori*, en la frontera entre lo individual y lo social y por eso es a la vez situado y necesario. De la inclinación inmediata al acto apropiado (mediados por la imaginación y por la razón) se llega a través de la experiencia de la vida social. Cada cual forma parte de una composición imaginaria que se da en la mente del resto de los sujetos, de tal forma que la suma integral de las miradas componen un cuadro moral que puede

ser aprendido por todos e incluso superado por los más virtuosos. El polo natural de este mecanismo se encuentra en el esencial deseo de las personas de ser aprobadas por su entorno, más allá de sus formas culturales. La receta es siempre similar: para obtener el amor o el beneplácito de los semejantes, cada cual debe aumentar o disminuir la intensidad con la que expresa sus sentimientos de acuerdo a lo aprendido en un juego especular (imaginario y visual) que se da de manera permanente en las sociedades. Y, similarmente, desde quien observa las acciones, el juicio dependerá de la adecuación y el beneficio que estas presenten:

El sentimiento o afecto del corazón del que procede toda acción y del que en última instancia depende toda su virtud o todo su vicio, puede ser considerado bajo dos aspectos o relaciones diferentes; en primer lugar, con relación a la causa que lo provoca o el motivo que lo genera; y, en segundo lugar, con relación al fin que se propone o al efecto que tiende a producir. En la adecuación o inadecuación, en la proporción o desproporción que el sentimiento guarde con la causa u objeto que lo suscita estriba la corrección o incorrección, el decoro o desgarbo de la conducta consiguiente. En la naturaleza beneficiosa o perjudicial de los efectos que el sentimiento pretende, o que tiende a generar, radica el mérito o demérito de la acción, las cualidades merced a las cuales es acreedora de premios o merecedora de castigos (Smith, 1997: 65).

La simpatía, una vez más, no es una acción innata o mecánica, semejante a un apetito natural, sino una propensión que precisa ser ejercitada y que sólo se hace presente en el contexto social. Por eso, para que ocurra es esencial que exista entre el agente y el observador algún tipo de cercanía: histórica, geográfica afectiva, física, cultural, de clase, etcétera.

III. DE LA ACCIÓN SUFICIENTE A LA EXCELENTE

¿Cuáles son las fibras que tensan esta categoría? Como ya se ha planteado, simpatizar, en el fondo, es una forma de concordar con los comportamientos ajenos: “aprobar las pasiones de otro como adecuadas a sus objetos es lo mismo que observar que nos identificamos completamente con ellas; y no aprobarlas es lo mismo que observar que no simpatizamos totalmente con ellas” (Smith, 1997: 62). La simpatía no es bondad, pero sí es una práctica que produce moralidad por fuera aquello que nuestro pensador entiende como “artificios”: las leyes, la coacción política, la metafísica o la religión. Para Smith, más que un *telos* es un estímulo que hace que cada cual se acomode a su sociedad de manera armónica. Por eso, postula que el carácter disciplinario de la simpatía se va inter-

nalizando desde los primeros pasos de la vida. Cada infante desea ganarse el favor (e intenta evitar el enojo y menosprecio) de sus camaradas. Por eso:

[Cada niño] rápidamente comprende que sólo puede lograrlo si modera no sólo su enfado sino también todas sus demás pasiones hasta el nivel que probablemente acepten sus amigos y compañeros de juegos. Ingresará así en la gran escuela de la continencia, reflexiona sobre cómo ser cada vez más amo de sí mismo, y empieza a ejercitar sobre sus propios sentimientos una disciplina que en la práctica de la vida más prolongada rara vez resulta suficiente para conducir hasta una perfección total (Smith, 1997: 271).

La cita anterior es de gran relevancia, ya que, además de definir conclusivamente a la simpatía, hace referencia a la posición de Smith respecto de la excelencia. Mientras que la simpatía sirve, en general, para una vida suficientemente adecuada a la sociedad, en el caso de un individuo virtuoso esto opera de manera absoluta. Aquí, la inspiración no son ya los iguales, sino un horizonte de imparcialidad total al que se comienza a tender en el momento en el que uno puede separarse de sus afectos más cercanos y sus costumbres más automatizadas. Las personas más virtuosas no dirigen su atención solamente a sus amigos y vecinos, sino que tienden a imitar a un modelo sentimental abstracto, es decir, “la idea de la exacta propiedad y perfección” (Smith, 1997: 441). El virtuoso “procura, en todo lo que pueda, asimilar su propio carácter a ese arquetipo de perfección. Pero lo que imita es la obra de un artista divino, que nunca puede igualarse” (Smith, 1997: 442).

Entonces, mientras que en un primer momento el único patrón de medida descripto por Smith son los sentimientos propios y su imaginaria concordancia (o no) con los del agente (sin un posible patrón objetivo para medir las acciones ajenas que quede por fuera de los juicios imaginarios individuales de cada espectador), a partir de la definición de la simpatía comienza a construirse una mediación capaz de conciliar el ámbito personal con el social. Esta mediación es una especie de equilibrio entre las diferentes imaginaciones individuales, apta para alcanzar una suerte de intersubjetividad “objetiva”. Por lo tanto, si clasificáramos el comportamiento humano a través de un arco simpático que va desde las inclinaciones más inmediatas hasta la virtud más alta, diríamos que ese arco parte desde la mayor proximidad espacial, afectiva o incluso histórica, pasa por las respuestas a la imaginación (como forma especular y niveladora de la armonía social) y acaba en la razón como la instancia equitativa, equidistante y universal en otra de las

figuras centrales de la *Teoría de los sentimientos morales* que es la del espectador imparcial.

IV. IMAGEN, EXPERIENCIA, CONCEPTO

Más allá de la hoy más trillada “mano invisible”⁹ (que aparece por primera vez recién en la segunda mitad de *Los sentimientos morales*), el “espectador imparcial” es una categoría central para la ingeniería moral de Smith, expuesta como una especie de herramienta contra el egoísmo y la miopía individual que ayuda a que cada sujeto pueda formarse una imagen general, a la distancia apropiada de cada cosa, que le sirva como modelo para la acción precisa y recta. El espectador imparcial es un lugar al que es bueno tender para poder cumplir con los propios deseos sin discordar con el ritmo general de la sociedad.¹⁰

Denominado “el semidiós que habita en el pecho”, “la conciencia” o “la razón”, entre otros epítetos, el espectador imparcial es una suerte de espejo que permite a cada cual conocerse más profundamente, pues nos coloca a la distancia justa de todos los demás; y es sólo a esa equidistancia que podemos medir nuestros propios aciertos y limitaciones de manera objetiva. La corrección o incorrección de nuestros actos se pone de manifiesto a través de la imagen que forma el espectador imparcial, reflejada en los rostros de quienes nos rodean. De modo que este testigo imaginario opera intersubjetivamente entrelazando de forma orgánica a los miembros de la sociedad, operando como mediador universal y como catalizador de la natural búsqueda del agrado ajeno.

El punto cúlmine de la simpatía se alcanza, entonces, con el espectador imparcial, puesto que sus pareceres son siempre correctos. Por eso, no debe sorprendernos que este semidiós sea también una institución social que es pensada por Smith como previa o ajena a los vínculos políticos o estatales. Al contrario, es presentada como una instancia intersubjetiva y social, pero no mediada por la institucionalidad formal. Es una figura ética y estética, pero

9 La mano invisible ha sido objeto de inúmeros debates e interpretaciones. Baste para los objetivos de este escrito dejar de manifiesto su carácter siempre impersonal (o, más bien, extrapersonal) y relativo a lo providencial (y, en ese sentido, siempre económico-administrativo y por eso extrapolítico). Así, mientras que el espectador imparcial es una figura prototípica y ejemplar para la acción, la mano invisible aparece como misteriosa e inimitable (una presencia o voluntad a la que hay que acatar).

10 Podría afirmarse que el espectador imparcial es una especie de proto modelo para las figuras psicoanalíticas del “ideal del yo” –una introyección simbólica de la ley– y del “yo ideal” –la fuente de una proyección imaginaria de lo bueno– (Freud, 1993).

no directamente política. Tal vez por eso, en oposición al planteo de su contemporáneo Jeremy Bentham (2013), en Adam Smith los puntos de vista se reproducen en lugar de concentrarse. La mirada es pública y siempre múltiple; y el modo de organizarla es a través de la abstracción de la virtud y la imparcialidad que surgen de la tensión permanente de lo complejo, pero nunca de su centralización arquitectónica. Por eso hoy podría ser más conveniente recurrir a Smith que a Bentham –y sobre todo si se trata del Bentham de Foucault (2000)– para reflexionar sobre los vínculos humanos a partir de formas de relación mediadas por pantallas y avatares ligados entre sí por redes virtuales que parecerían tener bajo vigilancia toda la extensión posible para la interacción. Hoy Internet se nos presenta como una entidad inabarcable pero omnipresente, dentro de la cual cada individuo recorre un camino particular sin reparar lo suficiente en que su arquitectura actual está basada en la observación permanente de quienes la utilizan.

Tal vez por ese aspecto dinámico y multiplicador, o tal vez como consecuencia de cierto relativismo cultural, en Smith –como ya se insinuó más arriba– no hay nada similar al imperativo categórico kantiano; no hay síntesis final. Smith no es universalista; es mucho más tenue, más disperso y piensa más en términos de comunidad que de humanidad. El espectador imparcial habita un tiempo y una geografía particulares y responde al cruce total de las imaginaciones de los miembros de una sociedad acerca de sus propios sentimientos proyectados en los demás.

Antes de finalizar, es menester, entonces, volver a mencionar –condensando lo ya expresado– las tres instancias que Smith considera a la hora de pensar en los sentimientos morales. En primer lugar, el deseo innato de agradar y la repulsión por disgustar a los demás hace que cada cual actúe del modo que se imagina que será aceptado y, viceversa, juzgue a los demás a partir de las impresiones mentales sobre las reacciones de quien observa imaginando estar en el lugar del agente. Este plano de la imagen es claro y primordial, pero incompleto, pues necesita perfeccionarse constantemente a través de la experiencia de la vida social. Hasta que uno no atraviesa ciertas situaciones, sus capacidades para imaginarse cómo actuaría en el lugar del otro no se pueden desarrollar. Hasta ahí, la simpatía opera buscando una armonía suficiente como para la continuidad de la comunidad. Sin embargo, no es sino en la instancia conceptual en la que un ser virtuoso deja de tomar como modelo a sus congéneres y logra abstraerse hasta el punto de aspirar a compararse con el espectador imparcial o con el mismísimo “arquitecto de la naturaleza”.

Experiencia, imagen y concepto forman, entonces, la sustancia del comportamiento recto más allá de cualquier intermediación estatal. Hay, como vemos, una apelación a la autoregulación que, evidentemente, sólo puede funcionar en espacios muy reducidos de una sociedad en los cuales los individuos parecerían poder preocuparse por el mantenimiento de su propia libertad en contra de los gobiernos políticos que son contemplados por Smith con cierta desconfianza. Esto acabaría por ser uno de los principios del liberalismo, que en su desarrollo acabó por denostar a la acción política en nombre de los intereses particulares.

V. UNA CUESTIÓN DE ARMONÍA

Para concluir, puede ser interesante traer a colación un escrito tardío de Smith en el que se aclara un punto muy importante respecto de los vínculos entre sentimientos e imágenes. El texto en cuestión es un *ensayo sobre las artes imitativas* redactado en 1795, es decir, casi cuarenta años después de la primera edición de los *sentimientos morales* (aunque sólo cinco luego de la sexta y última, de 1790). Este ensayo fue (junto con los escritos sobre la historia de la astronomía) lo único que Smith pidió explícitamente que fuese publicado tras su muerte.

Si bien su tema central es más bien técnico, hay una reflexión acerca de la mímesis que aclara la idea de simpatía presentada en los *sentimientos morales*. Como ya vimos, este nativo de Kirkcaldy había presentado a la simpatía como un acto casi instintivo, consecuencia de la natural búsqueda de admiración, mediado por la experiencia. Pero también la define (desde el punto de vista del agente) como una emulación de aquello que es admirado, tanto en relación con los observadores más próximos, como de cara a un ideal abstracto, imparcial y equidistante.

Por su parte, al pensar las “artes imitativas”, Smith clasifica a las distintas disciplinas en relación con sus posibilidades miméticas. Al referirse a la música, plantea que ésta posee un menor tenor imitativo que el resto (sobre todo cuando no está acompañada de palabras) pero que, por ese motivo, tiene la especial característica de poder inducir estados sentimentales originales. El propio Smith lo explica muy claramente:

No es, como en la música vocal, en la pintura o en la danza (por simpatía con la alegría, la sedación, la melancolía o la angustia), que la música instrumental nos coloca suavemente en cada una de estas disposiciones: ella misma se convierte en un objeto alegre, tranquilo o melancólico; y la mente, naturalmente, asume el estado de ánimo o la disposición que en el

momento corresponde al objeto que atrae su atención. Lo que sea que sintamos por la música instrumental es un sentimiento original y no simpatía: es nuestra propia alegría, sedación o melancolía; no la disposición reflejada de otra persona. (Smith, 1869: 425).

La correlación que realiza nuestro filósofo es la siguiente: existe siempre una diferencia insalvable entre las imágenes y los sentimientos. La distancia que se encuentra entre el sentimiento original de un agente y la simpatía de quien lo observa es comparable a la que hay entre un objeto original y su imitación. Los objetos originales son percibidos por los sentidos y generan sentimientos originales, mientras que la simpatía y la imitación son elementos que se vinculan con ellos sólo a través de la mediación de la imaginación.

La simpatía, por lo tanto, no es una imitación de lo que siente otra persona, sino una imagen nueva generada en el interior de un sujeto a raíz de la experiencia sensorial del sentimiento ajeno. Es una respuesta a un impulso externo basada en lo que uno se imagina que sentiría si estuviera en una situación en la que no se encuentra. La simpatía es una imagen original (no una imitación) que nos permite comprender o cobijar un sentimiento ajeno de modo que tenga “la correspondencia suficiente para la armonía de la sociedad” (Smith, 1997: 72).

Una sociedad en la que reinan la afinidad sentimental y la virtud es para Smith una especie de concierto sinfónico en el que la armonía se logra por medio de la generación de imágenes de cada quien en cada cual. Se podría llegar a inferir de aquí una apertura hacia la división del trabajo con el que comienza *La riqueza de las naciones* (Smith, 2014: 7-23), donde la armonía es también pensada como un efecto general, ajeno a cada individuo tomado desde su singularidad, que surge desde la sociedad mentada como conjunto en permanente intercambio. Los sentimientos morales ocupan, en esta sinfonía, el lugar de un lenguaje primordial sin el cual la armonía social no es pensable para Smith. La simpatía es el canal que une a la necesidad de agradar con las imágenes generadas a través de la experiencia. Es la imaginación, y no los sentimientos, lo que nos permite simpatizar. Desde ese punto de vista, la vida moral no se sustenta en ninguna forma de la voluntad, sino en la imaginación, coronada, en el mejor de los casos, por la virtud y la razón. En otros términos, la simpatía opera a través de la imaginación, generando escenas mentales que permiten la suficiente proximidad con los demás, como para que quien observa pueda estar a la vez afectado y separado del agente de manera si-

multánea. Esa distancia es la que permite al espectador ser justo y al agente regular sus expresiones y acciones en función del entorno al que pertenece.

Podría afirmarse, entonces, que Smith es más cercano a lo que sería más tarde su versión “liberal” en relación con la autorregulación de los comportamientos que la de los mercados, puntos que parecen imposibles de extrapolar tan rápidamente como algunas interpretaciones han querido. En efecto, mientras que la naturaleza humana tiende a la armonía (y, en ese sentido, se lee en Smith una apelación a una divinidad subyacente que desea tal forma armónica) y debería ser dejada a su propia adecuación a través de la simpatía, la economía de los Estados fue tratada por este pensador –tanto en sus escritos (Smith, 2014: 400) como en sus prácticas (Borisonik, 2018: 57-61)– como un asunto que amerita ser mediado por decisiones humanas, pues reconocía que los intereses particulares, de no ser regulados, terminan por ser nocivos para el bien general (Smith, 2014: 126).

Tomando en cuenta todo lo dicho hasta aquí, se puede también afirmar que ni el espectador ni el agente juzgan con criterios abstractos, sino tendencialmente “imparciales”. Esto implica que las normas y regulaciones son sociales y situadas, pero no individuales, ni políticas (en su sentido estatal o institucional). Entonces, por un lado, la conformación del comportamiento individual presenta, desde Smith, un carácter eminentemente social. Y por el otro lado, tanto la simpatía como, suplementariamente, el espectador imparcial, se sitúan en un campo intermedio entre lo subjetivo y lo político, que es el campo de la imaginación.

Finalmente, y a partir de los elementos que se han presentado en estas páginas, consideramos que una lectura atenta al entramado teórico de Smith puede ayudarnos a comprender más ampliamente el rol de la imagen en la conformación subjetiva y, por lo tanto, puede ser de enorme utilidad para estos tiempos signados por un flujo permanente de imágenes que han producido (o están produciendo), sin ninguna duda, un nuevo recorte subjetivo que hará falta seguir investigando. Mientras tanto, cabe dejar abierto el siguiente interrogante: ¿será posible (o en todo caso, cómo será posible) alojar la conexión simpática en una época en la que la socialización y la mediación se dan fundamentalmente a través de dispositivos de poder que se presentan como apolíticos (o anti políticos) y que escapan a las formas clásicas de control social a través de nuevas instancias que gestionan la vida en función de intereses corporativos y no de la felicidad humana?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Annas, J. (1993). *The Morality of Happiness*. New York / Oxford: Oxford University Press.
- Arendt, H. (2005). *La condición humana*. Trad. R. Gil Novales. Barcelona: Paidós. Aristóteles (1995). *Ética nicomaquea*. Trad. J. Pallí Bonet. Madrid: Gredos. Bentham, J. (2013). *El Panóptico*. Trad. F. Levit. Buenos Aires: Quadrata.
- Borisonik, H. (2016). Great Fire. En J. Acerbi, H. Borisonik y F. Ludueña (Eds.), *Viviendo la catástrofe. Inseguridad, capitalismo y política*, (pp. 115-136). Ushuaia: Ediciones UNTDF.
- (2018). Teoría y praxis: algunas medidas políticas de Locke, Newton y Smith. *Filosofía de la Economía*, vol. 7, nº 1, pp. 49-63.
- Cicerón, M.T. (1987). *Del supremo bien y el supremo mal*. Trad. V.J. Herrero Llorente. Madrid: Gredos.
- de Aquino, T. (2007). *La monarquía*. Trad. L. Robles Carcedo. Madrid: Tecnos.
- (2010). *Suma Teológica*. Bilingüe, trad. R. Suárez. Madrid: BAC.
- Engberg-Pedersen, T. (1990). *The Stoic Theory of Oikeiosis: Moral Development and Social Interaction in Early Stoic Philosophy*. Aarhus: Aarhus University Press.
- Foucault, M. (2000). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Trad. A. Garzón del Camino. México: Siglo XXI.
- Freud, S. (1993). Introducción del narcisismo (1914). En *Obras completas*, Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Gonzalez-Liencre C., Shamay-Tsoory S. y Brüne M. (2013). Towards a neuroscience of empathy: ontogeny, phylogeny, brain mechanism, context and psychopathology. *Neuroscience and Biobehavioral Reviews*, 37, pp. 1537-1548.
- Hirschman, A. (2013). *The Passions and the Interests. Political Arguments for Capitalism before Its Triumph*. Princeton / Oxford: Princeton University Press.
- Hobsbawm, E. (2014). *Trilogía eras: La Era de la Revolución 1789-1848, La Era del Capital 1848-1875, La Era del Imperio 1875-1914*. Barcelona: Crítica.
- Hutcheson, F. (2004). *An Inquiry into the Original of Our Ideas of Beauty and Virtue*. Indianapolis: Liberty Fund.
- Iacoboni, M. (2012). *Las neuronas espejo: empatía, neuropolítica, autismo, imitación o de cómo entendemos a los otros*. Buenos Aires: Katz.
- Inwood, B. (1996): *Loikeiôsis sociale chez Épictète*. En K. Algra,

- P. van der Horst & D. Runia (eds.). *Polyhistor: Studies in the History and Historiography of Ancient Philosophy. Presented to Jaap Mansfeld on His Sixtieth Birthday*. Leiden- New York: Brill, pp. 243-264.
- Long, A. (1970/71). The Logical Basis of Stoic Ethics. *Proceedings of the Aristotelian Society*, 71, pp. 85-104.
- Marx, K. (1845). *Tesis sobre Feuerbach*. Recuperado de <https://goo.gl/mmEuuE>.
- (1989). *Contribución a la crítica de la economía política*. Trad. M. Kuznetsov. Moscú / Madrid: Editorial Progreso.
- (2000). *El capital*. Trad. W. Roces. México: Fondo de Cultura Económica.
- Piqué, P. (2018). La enseñanza del proyecto filosófico de Adam Smith en la historiografía del pensamiento económico. *Praxis Filosófica. Nueva serie*, n° 46, pp. 89-110.
- Ricardo, D. (2005). *The Works and Correspondence of David Ricardo*. Edición P. Sraffa y M.H. Dobb. Vol. 1 *Principles of Political Economy and Taxation*. Indianapolis: Liberty Fund.
- Smith, A. (1869). Of the Nature of that Imitation which takes Place in what are called the Imitative Arts. En *Essays*. Londres: Alex. Murray & Son. Recuperado de <https://goo.gl/gyGJEC>.
- (1997). *La teoría de los sentimientos morales*. Trad. C. Rodríguez Braun. Madrid: Alianza Editorial.
- (2014). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. Trad. G. Franco. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zeller, E. (1876-1882). *Die Philosophie der Griechen in ihrer geschichtlichen Entwicklung*. Leipzig: R. Reisland.

El objetivo general de este libro es poder realizar un desplazamiento: Smith ha sido catalogado innumerables veces como el padre de la economía liberal, lo cual hizo que sus escritos pasaran a formar parte casi exclusivamente de las bibliotecas de las facultades de economía. Al mismo tiempo, este filósofo ha sido prácticamente borrado de los estudios teórico-políticos. Por otra parte, las restauraciones "económicas" de sus escritos se han visto restringidas generalmente a poco más que un pequeño conjunto de recetas estáticas y abstractas. La propuesta es, entonces, releerlo y restituir sus aportes al pensamiento político. Con esto se aspira a disputar ciertas lecturas, hoy hegemónicas, que desvinculan a Smith de la tradición clásica, partiendo, al contrario, de una visión no sesgada ni divisoria entre "lo económico", "lo ético" y "lo político", que resulta fundamental para enfrentar los supuestos del paradigma neoliberal.

La determinación de recorrer el ideario de Adam Smith bajo los principios recién expuestos forma parte de un interés más general por recuperar el pensamiento crítico y la reflexión acerca del dinero como aspectos significativos de las discusiones de la teoría política contemporánea.

Hernán Borisonik



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
IIGG | GINO
GERMANI
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES - UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES



CLACSO
Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

COLECCIÓN IIGG – CLACSO

ISBN 978-950-29-1802-0



9 789502 918020